

EL AMBITO FISICO DE LAS CONQUISTAS DE ALEJANDRO MAGNO

ALGUNAS REFLEXIONES*

Antonio Guzmán

Lo que pudo ser el deseo de Alejandro, la boda entre el Este y el Oeste, tuvo como ministrante a la Guerra, y su primogénito fue la Antipatía
(apud. F. L. Holt, Alexander the Great at Bactria, Leiden 1988.)

Es bien sabido que Grecia ha sido un país de extensión pequeña incluso en sus épocas de mayor expansión (por la zona de Jonia, el Ponto Euxino, la Magna Grecia, etc.) y no es menos cierto que la realidad física y geográfica de este pueblo se le antoja al hombre moderno una pequeñez, casi una miniatura, si se le compara no ya con los espacios y distancias siderales, sino incluso cuando lo referimos al hábitat mismo de cualquier continente de nuestro planeta. Pues bien, el estudio de esta realidad física es algo que atrajo desde siempre la atención y la curiosidad intelectual del hombre griego. Ocioso resultaría ahora tener que recordar que el nacimiento de la filosofía griega se originó precisamente en este espíritu investigador, que se interesaba más por los problemas del mundo físico y de la naturaleza que por los problemas del hombre. De este modo, dicha reflexión sobre el mundo circundante abriría el camino de la investigación de ciencias empíricas, como la medicina, la botánica, así como de la geometría y de las matemáticas en general(1). Puede por tanto afirmarse sin temor a equívocos que la concepción del mundo por parte del hombre griego está mediatizada por su contacto con la realidad física del mismo. Por ejemplo, su arte es un arte naturalista, su religión y su mitología nunca abandonaron el fisicismo (hasta sus monstruos son demasiado humanos, se nos ha dicho), e incluso su configuración de lo que es el Estado como institución política se articula a partir de la realidad cotidiana y concreta de sus *póleis*. Es más, incluso cuando el pensamiento griego alcanza el más excelso grado de abstracción ontológica en los dominios de la metafísica, aún entonces (y no sólo en el nombre) tiene permanentemente presente el espíritu griego la realidad cotidiana de su entorno. Con todo y con ello, esta cuestión es aún mucho más obvia desde el punto de vista del historiador. En efecto, el conocimiento de la realidad geográfica influye directamente en el acontecimiento histórico, y en ocasiones es la propia historia la que aparece incorporada a una realidad física y terrena.

Hechas ya, sin embargo, estas consideraciones generales previas, abordemos el asunto que promete nuestro título. Tendremos que empezar por decir que -como es bien sabido- fue en época de Alejandro y con ocasión de sus conquistas por el Imperio persa cuando se produjo una ampliación sin precedentes de los límites físicos del territorio bajo control o influencia griega. Pues bien, nuestro propósito ahora es efectuar un somero repaso de los principales hitos que jalonaron el

itinerario de Alejandro(2), e ir desgranando algunas ideas y comentarios al hilo de su expedición. Para ello me apoyaré sobre todo en los testimonios de Arriano (autor que continúa siendo el más fiable para recomponer la figura histórica de Alejandro -por mucho que quiera matizar al respecto Bosworth(3) últimamente) y Diodoro Sículo, así como en los testimonios biográficos de Plutarco, y en menor medida de Quinto Curcio.

El espacio físico-geográfico

Simbólicamente consideraremos como punto de partida la pequeña ciudad de Pela, en Macedonia, ubicada en el paralelo 40º Norte, meridiano 20º Este. El límite oriental fue el río Hífasis (paralelo 32º, meridiano 78º); por el Norte la frontera con el río Danubio, y por el Sur la desembocadura del río Indo. Los kilómetros recorridos por Alejandro en los años que duró la campaña (del 334 al 323) salvo corrección al alza de Betón, Diógneto y Filónides, que fueron los bematistas(4) más famosos que le acompañaron, fueron unos 20.000, distribuidos de la siguiente manera:

Pela --> Gordio.....	1.200 kms.
Gordio --> Iso --> Tiro.....	1.000 "
Tiro --> Siwah --> Tiro	1.500 "
Tiro --> Tápsaco --> Gaugamela.....	1.500 "
Gaugamela --> Babilonia --> Susa	1.000 "
Susa --> Persépolis --> Ecbatana	1.400 "
Ecbatana --> Frada	2.500 "
Frada --> Drápsaco	1.500 "
Drápsaco --> Samarcanda --> Alejandría Última ..	1.200 "
Alejandría --> Aornos --> Taxila	1.700 "
Taxila --> Río Hífasis	500 "
Hífasis --> Acesines --> Indo --> Pátala	1.300 "
Pátala --> Pura --> Persépolis	2.000 "
Persépolis --> Babilonia	1.000 "

El inicio de la campaña tuvo lugar a la muerte de Filipo, quien como consecuencia de la victoria militar obtenida en Queronea dos años antes sobre las ciudades antimacedónicas hizo disolver la Confederación Ateniense y reunió en Corinto a los miembros de la Liga para acordar un "*compromiso de paz y un tratado de alianza*"(5). Pero antes de ponerse Alejandro en marcha hacia el Oriente, se dispuso a hacer frente a los pueblos fronterizos del norte, tribalos, ilirios y getas. Y aún descendió hasta Tebas, en Beocia, ciudad que quedó arrasada por él a fin de que sirviera de castigo ejemplar ante las veleidades independentistas que seguían vivas en Grecia, no sin el apoyo de Darío. La provinciana Tebas, la filo-persa Tebas se quedó sola al final frente al ejército macedonio, y ante él sucumbió. La leyenda nos dice(6) -escuetamente- que tan sólo la casa de Píndaro, el poeta, y por respeto a su memoria, fue salvada por Alejandro. El propio orador Demóstenes enmudeció ante la celeridad con que había desplazado sus tropas contra Tebas el jovencísimo Alejandro, quien con ello quería hacer ver que sus pocos años no le iban a impedir establecer el orden interno en la convulsionada corte de Filipo. Este duro castigo infligido a Tebas contrasta con el trato más favorable dispensado a Atenas (probablemente no menos culpable -aunque sí, siempre, más inteligente). Tal vez no debamos descartar que también pesara en el ánimo de Alejandro el hecho de

que Atenas continuaba controlando el mar y que seguía disponiendo de una flota considerable. Incluso pudieron influir otras razones de carácter político, ya que no le resultaba fácil atacar la ciudad que todavía seguía gozando de prestigio en Grecia, en el caso de que sus planes fueran los de proclamarse adalid de los griegos frente a los persas.

De regreso a Macedonia, Alejandro encargó a Antípatro(7) la dirección de los asuntos políticos y militares de Grecia, y al propio tiempo aprovechó para rendir una visita al Oráculo de Delfos, donde la Pitia le declaró invencible. Comenzaba así Alejandro a poner en marcha su excelente aparato de propaganda política y religiosa, al que iba a recurrir con frecuencia, como podremos volver a ver con motivo de su peregrinación al santuario de Siwah, en Egipto.

Fue muy aficionado Alejandro -sobre todo durante los primeros años de conquista, cuando aún debía consolidar su pretensión de presentarse como gran defensor del panhelenismo- a observar los formalismos y rituales de la tradición griega. Sin duda fue ello lo que le llevó a Ilión(8) (una cita que parecía obligada, dado que él mismo concebía la idea de emular las hazañas del propio Aquiles) donde impuso una corona sobre la tumba del Pelida mientras su compañero Hefestión hacía otro tanto sobre la de Patroclo.

Ya en el año 334 se produce la primera escaramuza de cierta importancia contra las sátrapas persas de la región del río Gránico. Significaba ello que las ciudades griegas del Asia Menor comenzaban a pasarse a su bando, pues, al fin y a la postre, preferían cambiarse a este nuevo amo que daba muestras de mayor tolerancia y libertad a sus regímenes políticos, y que de momento se mostraba menos exigente en la recaudación de impuestos(9). Podemos mantener hoy día la idea de que en general Alejandro favorecía y apoyaba a los partidos demócratas de estas ciudades, aunque la causa real radicaba más en sus propias conveniencias que en sus convicciones políticas. Con todo, cada vez que se producía un retroceso por parte de los macedonios, regresaban los oligarcas de estas ciudades y hacían la contrarrevolución, como ocurrió al poco tiempo de la conquista de Efeso.

Antes de plantearse la batalla junto al Gránico vemos cómo Alejandro desatiende los consejos de su viejo general Parmenión (un detalle del relato de Arriano que parece remontarse al historiador Calístenes, empeñado en desautorizar a Parmenión) al igual que haría en otras ocasiones posteriores: durante la toma de la ciudad de Mileto, en los preparativos de la batalla de Gaugamela, en Persepolis, etc.(10). Casi de inmediato prosigue Alejandro por territorio de Misia y Lidia, y conquista sin mayores problemas las ciudades de Sardes y Efeso. Por nuestra parte, creemos que merece la pena destacar bajo el punto de vista estratégico el asedio y conquista de la ciudad de Halicarnaso (en Caria), donde por primera vez se empleó en la antigüedad la catapulta disparada contra formaciones de soldados, así como la aparición de unos nuevos artefactos a guisa de barracones móviles en los que se protegían los soldados de infantería que debían aproximarse a los muros enemigos. En estas lides el ejército macedonio fue adquiriendo nueva experiencia estratégica y táctica, como quedó demostrado dos años después (en el 332) durante el asedio y toma de Tiro(11).

Fue entonces cuando Alejandro concedió un permiso especial a algunos de sus hombres (entre otros a los recién casados generales Ceno y Meleagro, además de a Tolomeo, uno de los de su guardia personal) a quienes encargó que durante su estancia en Macedonia reclutaran el mayor número posible de infantes y jinetes. A su vez, las regiones de Licia y Panfilia apenas le plantearon problemas. Tras la conquista de Side, Alejandro emprendió una auténtica anábasis hacia el interior de la región de Frigia, hasta alcanzar la ciudad de Gordio. Se hallaban a la sazón los macedonios a no menos de

1.200 kilómetros de sus lugares de origen, y fue aquí precisamente donde se reintegraron al grueso del ejército los que habían acudido de permiso a Macedonia(12). En este momento se nos relata la famosa leyenda del nudo gorgiano; se trata de eso, de una leyenda sin base histórica, aunque Alejandro supo aprovecharla perfectamente en su propio beneficio. Hay en ella una clara intencionalidad política por rentabilizar (en un momento político delicado y militarmente comprometido) el vaticinio según el cual quien fuera capaz de soltar el nudo del yugo del carro gobernaría sobre toda el Asia (es decir, sobre el Imperio persa).

Una vez en las proximidades de Iso (en el extremo suroriental de la península de Anatolia) tuvo noticias Alejandro de que el propio rey Darío en persona se hallaba muy cerca. Al parecer, Alejandro hubo de recorrer en dos días una distancia de 100 kilómetros, los que separan Malo de Miriandro, empresa como puede suponerse nada desdeñable, según ha puesto de manifiesto en su libro de 1958 J. F. C. Fuller, *The Generalship of Alexander the Great*(13).

Si sumarizamos parcialmente lo hasta ahora visto, diremos que destacan las siguientes consecuencias: primero, Alejandro toma conciencia de que sus posibilidades de conquistar el imperio persa eran cada vez mayores. Así hay que interpretar el hecho de que fuera el propio rey Darío (y no sólo como antes en Gránico sus sátrapas) el que había tenido que huir hacia Tapsaco ante el ataque habido en Iso. En segundo lugar, se observa que durante estos meses empieza a remitir la situación preocupante en que hasta entonces habían estado los asuntos en Grecia. No fue ajeno a ello el hecho de que Darío hubo de ocuparse más de sus propios asuntos personales, y de otro lado porque el rey espartano Agis III encontraba cada vez mayores dificultades en recibir dinero de los persas. Al terminar Agis siendo derrotado por el general Antípatro en este mismo año 331, las ciudades filoespartanas (es decir, filopersas) sufrieron un serio revés.

Prosigamos, no obstante, por el momento con la expedición. De no menos interés fue la toma de Tiro, cuyo emplazamiento pareció de primera magnitud a Alejandro por razones estratégicas. En efecto, fueron varios los motivos que aconsejaron a Alejandro capturar la ciudad: a) el paso a Egipto se le antojaba sumamente peligroso si dejaba a sus espaldas Tiro, con los persas dueños del mar; b) Alejandro pensaba que el propio rey Darío se sentiría atraído a regresar a la costa de Tiro y Siria (en vez de mantenerse alejado en las regiones interiores de Mesopotamia) si la ciudad de Tiro resistía el asedio; c) en cambio, suponía que la captura de Tiro arrastraría de inmediato el que Chipre y otras ciudades costeras se pasaran a su bando, aportando además contingentes navales (marinería y barcos) de que tan necesitados estaban ahora por haber licenciado prematuramente la flota; d) finalmente, Alejandro cada vez se sentía más convencido de la idea de que una vez conquistada Tiro anexionaría Egipto, y que entonces podría emprender ya con mayor seguridad la expedición hacia Babilonia, que era su objetivo a medio plazo.

La conquista de la ciudad de Tiro fue ardua, según el testimonio tanto de Arriano como de Diodoro y Curcio(14). De nuevo acudió Alejandro al argumento oracular de los adivinos. Tuvo un sueño, en efecto, en el que se le apareció el propio Heracles, y que el adivino Aristandro interpretó como que la ciudad sería tomada a costa de un gran esfuerzo, según hacía presagiar el propio héroe. Los trabajos poliorcéticos (construcción de terraplenes, puentes levadizos, barcos especialmente diseñados y equipados con piezas de artillería, etc.) fueron en verdad inusuales para la época. El asedio duró ocho meses, de Enero a Agosto del 332.

En su avance contra Egipto, y antes de llegar a la ciudad de Gaza, Alejandro pasó muy próximo a

la ciudad de Jerusalén. La cuestión de si el macedonio entró o no en la ciudad tiene sus defensores y sus impugnadores. La tentación debió de ser mayúscula. Un estudioso como Tarn, que dedicó años al asunto, afirma categóricamente que Alejandro no entró en Jerusalén, y que la pretendida visita es una pura leyenda. La mayoría de las fuentes griegas (con la excepción de Josefo(15)) inducen a pensar en este sentido, toda vez que no encontramos en ellas noticias que confirmen dicha visita. Otro argumento contra la existencia de tal visita se ha querido ver en el hecho de que una vez capturada Gaza, Alejandro se dirigió a marchas forzadas hacia Pelusio (en la parte más oriental del delta del Nilo) adonde tardó en llegar siete días, lo que haría imposible que se entretuviera en desviarse hacia Jerusalén(16). Sin embargo este silencio casi generalizado no puede interpretarse como argumento definitivo. Hay, en efecto, razones personales y de carácter psicológico que pueden abonar la hipótesis de una tal visita. Es sabido, por ejemplo, que el espíritu romántico de Alejandro despertaba en él una especial curiosidad (un *póthos*) por visitar los templos, santuarios y oráculos de los territorios por los que pasaba (así ocurrió en Delfos, en el santuario de Tiro, más tarde en Siwah, etc.) de modo que no es descabellado pensar que hiciera también una incursión a Jerusalén, de cuyo templo debió de haber tenido abundante información durante su estancia por tierras de Palestina y Siria.

Alejandro se presentó, pues, en Pelusio hacia Noviembre del año 332, una época por cierto de climatología muy favorable para deambular por esos cálidos arenales, y no como los modernos turistas que suelen hacerlo de Semana Santa a Septiembre, en plena canícula. Durante su estancia en Egipto, fueron dos los hechos más sobresalientes y de mayor trascendencia:

1. La fundación de Alejandría: efectivamente, después de haber subido por el río hasta Menfis (donde se hizo coronar faraón) descendió hasta el lugar en donde iba a fundar Alejandría. No está claro si la fundación de la ciudad tuvo lugar antes o después de la visita al santuario de Siwah(17).

2. La visita al templo de Amón. Se trata de uno de los pasajes más atractivos de las campañas de Alejandro. Los motivos por los que acudió fueron varios. Arriano nos dice en esta ocasión - no sin cierta socarronería-: "*el caso es que Alejandro se decidió a visitar el templo de Amón, con el propósito de conocer con exactitud sus vicisitudes futuras, o cuando menos, de poder decir que las conocía*".

Es de destacar el detallismo geográfico y topográfico en la descripción del viaje de Alejandría a Paretonio (unos 300 kms., en paralelo a la costa y dirección Oeste) para dirigirse luego hacia el Sur-Suroeste. En el relato se nos insiste en que se trata de una región por completo carente de agua, desierta y arenosa, sin cambios reconocibles, ni árbol ni monte ni loma que pudiera servir de pista al caminante como hacen con los astros los marineros. A este propósito aparece la fabulación de la leyenda de las dos serpientes (cuervos en las versiones de Aristobulo y Arriano) que, sin duda enviadas por el dios, atraían con sus silbidos al extraviado ejército macedonio indicándoles la ruta. La descripción del paraje en que se ubica el templo de Amón prosigue combinando elementos reales e imaginados. Se nos habla de la fuente del sol (conocida desde los remotos tiempos de Heródoto IV, 181) cuya agua es fresca al mediodía y templada a la noche, hasta alcanzar de madrugada su más alta temperatura. También abunda una sal gruesa, muy limpia y pura, como el cristal, mejor que la extraída del agua del mar, etc.

Conviene dejar constancia aquí de que en relación con la peregrinación egipcia de Alejandro no deba misvalorarse la versión del Pseudo-Calístenes (18), tanto en lo referente a la cronología de

la fundación de la ciudad como a ciertos pormenores de la visita al santuario. En conjunto, hay que admitir en todos los testimonios conservados la presencia de un tono hiperbólico en la descripción de las dificultades del viaje, en el que se deja traslucir la intención de ir magnificando la figura cada vez más heroica y semi-divina de Alejandro. En cuanto a la consulta al oráculo, fueron dos como se sabe las preguntas que Alejandro planteó; una, si ya habían sido castigados los asesinos de su padre, y la segunda sobre si llegaría él a ser el soberano de todos los hombres. Es interesante destacar el distinto tratamiento que ambas preguntas merecieron por parte de Arriano(19) y de Plutarco. En efecto, en Arriano se nos dice escuetamente: *Alejandro oyó de la divinidad cuanto deseaba*. En cambio, en Plutarco (como casi siempre más patético)(20) se nos brinda un relato cuasi novelado: a la pregunta sobre si los asesinos de su padre habían sido ya castigados, el sacerdote le ordenó callar, pues su padre no era un ser mortal. Tuvo entonces Alejandro que cambiar el planteamiento de su pregunta, y le inquirió si habían sido ya castigados los asesinos de Filipo. En cuanto a la segunda cuestión (sobre si llegaría a ser dueño de un imperio universal) el oráculo -como era de esperar- contestó afirmativamente.

Como fácilmente se podrá comprender, este tema de la deificación (algo que en definitiva pertenecía al aparato de propaganda de Alejandro ante sus soldados y sus seguidores) es susceptible de ser analizado desde diversas perspectivas. Por una parte, puede verse en él el oportunismo político de quien supo aprovechar el prestigio de este oráculo para justificar y fortalecer su política internacional, afianzando así sus insaciables ambiciones de conquista, al tiempo que intentaba exculpar a su madre de las recriminaciones y maledicencias populares; en segundo lugar se detecta una cierta sensibilidad de Alejandro por el fenómeno religioso conexo con el ritual de la divinización del soberano. Se trata de un asunto muy complejo en el que se entremezcla lo político, lo institucional y lo religioso. Y decimos que es complejo por lo siguiente: Alejandro recibió los títulos de *autokrátor*, rey, y dios, pero no por igual ni en todos los territorios del Imperio. Así, fue Dios, faraón y *autokrátor* en Egipto; *autokrátor* -pero no Dios- en Irán, donde el zoroastrismo impedía la divinización de un hombre; en cambio, en Macedonia no pudo ser ni dios ni *autokrátor*, sino un rey con poderes limitados casi por una constitución.

Prosigamos nosotros, sin embargo, nuestra campaña con Alejandro. Al llegar la primavera abandona Menfis y se pone en marcha hacia Fenicia, y al alcanzar la ciudad de Tiro se encuentra con que en ella ya esta fondeada en el puerto su escuadra. Sin mayores complicaciones se adentra en Mesopotamia, cruza el río Eúfrates y se dirige en dirección Noreste al río Tigris. Presenció entonces un eclipse de luna, que él (en connivencia con el adivino Aristandro) interpretó como feliz presagio de la batalla que iba a librar contra el rey Darío. Modernamente se ha verificado que el eclipse tuvo lugar exactamente el día 21 de Septiembre del 331, diez días antes de la batalla de Gaugamela. El emplazamiento, desarrollo y disposición de las tropas durante esta batalla es algo bien conocido hoy día gracias a los trabajos de Marsden, Griffith, Fuller y Burn, quienes han conseguido poner un cierto orden en el caos de cifras, etnias y emplazamientos de los pueblos que participaron (por ejemplo, Plutarco no resulta en esto nada fiable, y a pesar del benévolo juicio de Hamilton hay que afirmar que el testimonio del de Queronea es por farragoso e impreciso absolutamente vago y casi inútil para el historiador). Tras la batalla, Alejandro pasó por Arbela en dirección a Babilonia, tomó posesión de la ciudad y autorizó a los babilonios a reconstruir los templos que Jerjes había mandado destruir. Tras veinte días de marcha se presentó en la ciudad de Susa, donde se hallaba uno de los principales depósitos de los tesoros del rey persa. La cantidad de plata que incautó aquí ascendió a 1.296.000 kilos. A continuación, y tras cruzar el paso de las llamadas Puertas Persas, se presentó ante los muros de Persépolis.

Desoyendo nuevamente el parecer de Parmeni3n prendi3 fuego a los palacios de Pers3polis como represalia por el incendio de la acr3polis de Atenas en el a3o 480 a manos de los persas. En una r3pida correría se lanza desde Pers3polis en persecuci3n de Darío, recorriendo el trayecto entre ésta y Ecbatana, y ya en la regi3n de Partia se entera de que el s3trapa Beso ha hecho prisionero a Darío. Algo despu3 los macedonios encuentran a Darío abandonado y medio muerto en el camino. Este incidente hizo aparecer nuevamente la leyenda (desde la Vulgata hasta las versiones noveladas) de un encuentro final entre ambos reyes antes de que Darío expirase (en cambio, seg3n Arriano, Darío muri3 antes de que Alejandro lo encontrara). Algo m3s tarde, cuando Alejandro se encontraba en la regi3n de Bactria(21) fue capturado el s3trapa Beso y se le condujo a presencia de Alejandro.

Por otra parte, fue precisamente esta 3poca (la de los a3os 329 al 327) la que se corresponde con los momentos de la implantaci3n de los mayores honores a Alejandro; se introdujo entonces el ceremonial de la *proskynesis*, y es tambi3n ahora cuando se acentúa el deterioro ya existente entre Alejandro y sus compa3eros macedonios. En efecto, se suceden aquellos hechos luctuosos que tanto pesarían luego sobre su propio 3nimo (la muerte de Clito en el 328, la muerte de Calístenes en el 327, etc.).

Prosigue por la regi3n de Sogdiana en direcci3n nuevamente a Bactria, y acude a Nisa, ciudad fundada -seg3n la tradici3n por Dioniso- entre el río Cof3n y el río Indo. En esta zona funda Alejandro varios emplazamientos, entre los que destacan Bucefalia y Nicea (esta 3ltima en conmemoraci3n de la victoria obtenida sobre Poro, rey de los indios que habitan el territorio entre el río Hidaspes y el Acesines). Al llegar al río Hífasis (en territorio de los oxídracos) se manifiesta el malestar que el ej3rcito venía soportando, exhausto y deseoso como estaba ya por regresar a Grecia. A3n cuando Alejandro se muestra al principio renuente por completo con la idea del regreso, tras el plante del ej3rcito y la intervenci3n del general Ceno solicitando la vuelta a casa, Alejandro anuncia a su ej3rcito el regreso(22).

El regreso

Alejandro dispuso el regreso por tres itinerarios distintos: en primer lugar, Cr3tero iría con los elefantes y lo m3s pesado del ej3rcito por el camino m3s al Norte, por la regi3n de Aracosia y Drangiana. Por su parte, el propio Alejandro marcharía por la costa, cruzando los desiertos (*polvo, sudor y hierro...*) de Gedrosia (el actual Beluchist3n), para alcanzar así Pers3polis, Susa y acabar en Babilonia; y finalmente el almirante Nearco iría al mando de la flota, caboteando desde la desembocadura del Indo hasta la regi3n de Susa y Babilonia(23).

El itinerario de Alejandro a trav3s de Gedrosia le dio ocasi3n de conocer la flora y fauna de esta regi3n. La expedici3n, entre infinitas penalidades, alcanz3 la capital de Gedrosia, Pura (actual Bampur). Algunos autores han interpretado que Alejandro, consciente de la dureza del camino (se dice que tan s3lo el rey Ciro y luego la reina Semíramis habían conseguido cruzarlo) lo había elegido como castigo para sus soldados, por haberse soliviantado y amotinado all3 en el Hífasis.

El caso es que, una vez que alcanzaron los acompa3antes de Alejandro el territorio de Susia y Mesopotamia, se presentaron ante 3l los llamados Epígonos, un contingente de unos 30.000 j3venes persas a quienes se había ense3ado la lengua griega y la t3cnica militar macedonia, a fin de que en su día sirvieran como refuerzo a la infantería. Sin duda que estos j3venes persas fueron vistos por

los macedonios con una gran suspicacia, pues suponía una muestra demasiado evidente del acercamiento de Alejandro a los persas en detrimento de sus macedonios. Recordemos que, como secuela de este enfriamiento de relaciones entre Alejandro y su ejército, estalló un motín en la ciudad de Opis (en las proximidades de Babilonia) en el que los soldados acusaron a Alejandro de filo-medismo, le echaron en cara sus gustos y preferencias por vestir la ropa persa, y le afearon su decisión de haber equipado el contingente de los Epígonos.

Ocurre al poco la muerte de Hefestión, el más querido compañero de Alejandro, y este luctuoso suceso parece presagiar el inminente y fatal desenlace de la vida del propio Alejandro. En efecto, se presentan unos profetas caldeos que le aconsejan detener su marcha hacia Babilonia, ya que según un oráculo, nada bueno le aguarda si entra en la ciudad. Alejandro tenía ciertas sospechas de que, so capa de las razones de mántica esgrimidas, se ocultaban ciertos intereses de los caldeos, que en calidad de administradores de los bienes de los templos no debían tener transparencia en sus finanzas. Fuere como fuere, lo cierto es que Alejandro bordeó Babilonia y se entretuvo por las riberas del Eufrates y el Palacopas. Al cabo de unos días, y en medio de presagios desfavorables para su persona, regresa a las proximidades de Babilonia, donde entra y muere el 10 de Junio del 323(24). Como causa de su muerte se desencadenaron las hipótesis más variadas: unos hablaron de que resultó envenenado por orden de Antípatro (que andaba en Grecia, en connivencia tal vez nada menos que con Aristóteles, quien a su vez temía el regreso de Alejandro que acababa de dar muerte a su sobrino Calístenes); otros, en cambio, hablan de una muerte natural (de gripe, por una fiebre malaria contraída en los pantanos y que desembocó en leucemia, otros prefieren achacarla al alcoholismo, etc.).

Algunas reflexiones

No hemos hecho sino señalar algunos de los principales hitos geográficos de las conquistas de Alejandro, con objeto de tomar conciencia de la amplitud y extensión de su imperio. Y aún así hemos tenido que hacerlo muy superficialmente, casi punteando tan sólo el itinerario. Además, hemos tenido que prescindir de un buen número de referencias (algunas de ellas verdaderamente importantes) por no ampliar excesivamente estas páginas. Así, nada hemos dicho prácticamente de la conquista de Taxila (*Anábasis* V. 3), de las confluencias de los grandes ríos (por ejemplo entre el Hidraotes y el Acesines), de la incursión al reino de Musícano, de la descripción de las costas del golfo Pérsico (en el libro VII. 20 de la *Anábasis* de Arriano), de las excursiones por las riberas del Eufrates y el Palacopas, de las fundaciones de ciudades (las más de las veces meras fortificaciones) por parte de Alejandro, etc. Con todo, la amputación mayor parecerá la poca información facilitada a propósito de la India, que mereció la atención de una monografía por parte de Arriano. Se trata, en efecto, de un libro muy sugestivo, para cuya redacción Arriano se sirvió del testimonio de Megástenes (un griego que vivió durante los años 302 al 288 en la ciudad india de Pataliputra) y de Eratóstenes, hombre versado en geografía, astronomía y matemáticas, además de director de la Biblioteca de Alejandría.

Abundan en dicha monografía noticias sobre el subcontinente indio, sobre sus límites y dimensiones (aunque las magnitudes que se nos brindan son discordantes según las mediciones y cálculos de Eratóstenes, Megástenes, Ctesias u Onesícrato). Estos geógrafos se sintieron muy interesados por todo lo concerniente a la hidrografía india (además de sobre el Indo y el Ganges se nos ilustra sobre el Cainas, Erannoboas, Sitócatis, Solómatis, etc.). La existencia de dichos ríos hace reflexionar a nuestros autores sobre las condiciones pluviométricas de la zona, y explican que

como en la India llueve durante la época de verano (debido al monzón) se origina de ello que sus ríos sean muy caudalosos y se provoquen las avenidas e inundaciones de los campos.

De la pluviometría se pasa también a considerar algunas cuestiones etnográficas y costumbres de estos pueblos. Por ejemplo, Megástenes nos habla de la existencia de hasta 118 tribus distintas de la India, de sus castas; Onesícrito se pregunta cómo es posible que en ciertas tribus algunas personas lleguen a vivir hasta 130 años, etc.

Dejamos constancia, pues, de que es mucha mayor la materia que queda por tratar que la que aquí hemos podido fugazmente apuntar. Pero no quisiéramos terminar sin aludir a un par de asuntos. Uno, la primera conclusión que se consolida es la de que la expedición de Alejandro posibilitó perfeccionar los planos y mapas (gracias sobre todo a los viajes de Nearco y Megástenes) y abrió nuevas posibilidades para la exploración de zonas mal conocidas. Sólo así pudo más tarde Eratóstenes calcular con mayor rigor la circunferencia terrestre y medir con precisión las dimensiones del mundo habitado. Por primera vez consiguieron los griegos traspasar los límites costeros de sus periplos mediterráneos y entraron en contacto con la inmensidad de la superficie del continente asiático, con sus complejidades de relieves, paisajes y habitantes. En cambio, como crítica hay que continuar afirmando que los estudios de los geógrafos griegos no supieron renunciar completamente ni a la mitografía ni a otros *thaúmata* de un marcado gusto por la fantasía de lo maravilloso.

Por otra parte, todo estudioso de Alejandro debe reflexionar sobre la significación de su figura y de su política. Sabemos que la filología y la historia de todos los tiempos han asumido a este propósito posturas distintas. Así, frente al análisis que hiciera Tarn hace cincuenta años bajo el pomposo título *Alexander the Great and the Unity of Mankind*(25) en el que se nos presentó a Alejandro como símbolo que representaba el ideal de la fraternidad y solidaridad entre los pueblos, al político con visión de futuro que intentó la unidad de hombres y pueblos, al que llevó las nociones de cultura y civilización a ciertas remotas regiones del Oriente; la otra cara de la moneda, menos brillante y menos gloriosa es la representada por E. Badian, quien en su famoso artículo del año 1958, en *Historia* 7, 425-444, daba la réplica al trabajo de Tarn antes citado. A él han venido a añadirse los puntos de vista de los historiadores *no occidentales* para quienes Alejandro no fue más que un conquistador sin demasiados escrúpulos, un ambicioso del poder, que quedó él mismo prisionero de su propia ambición(26). Estos historiadores(27) están trabajando a partir de los nuevos datos aportados exhaustivamente por las investigaciones hechas *in situ* sobre el itinerario, las rutas, los vestigios arqueológicos y numismáticos dejados por Alejandro y sus sucesores.

No es que se deba ser ecléctico en los planteamientos, pero sí creemos que las precisiones que están llevando a cabo quienes analizan la figura de Alejandro desde esta *perspectiva oriental* contribuirán a perfilar de manera más nítida, y por tanto más histórica, a Alejandro. Piénsese, a modo de ejemplo, -y con ello terminamos- en la situación que ahora se nos plantea en España al encarar en 1992 el *¿descubrimiento?*, *¿la conquista?*, *¿el encuentro de culturas?*, *¿la invención de América?*....

NOTA BIBLIOGRAFICA PREVIA

Absolutamente descomunal es la bibliografía ya existente sobre Alejandro Magno, y además no presenta visos de dejar de crecer. Muy útiles recopilaciones sobre los últimos cuarenta años son las siguientes: R. Andreotti, "Il problema di Alessandro Magno nella storiografia dell'ultimo decennio", *Historia* 1 (1950) 583-600; E. Badian, "Alexander the Great, 1949-1967", *Cl.W* 65 (1971) 37-56 y 77-83; J. Seibert, *Alexander der Grosse*, Darmstadt 1972; P. Goukowsky, "Recherches récentes sur Alexandre le Grand", *REG* 96 (1983) 225-241. También deben consultarse los volúmenes de la revista *Ancient world* correspondientes a los años 1981, 1982, 1985 y 1986.

NOTAS

*- Este artículo corresponde (aunque su redacción actual presenta algunas precisiones) a la conferencia dictada en el *I Curso Superior de Filología Clásica de la Universidad Complutense*.

1- Remitimos a F. Pfister, "Das Alexander Archiv und die hellenistisch-römische Wissenschaft", *Historia* 10 (1967) 30-67, y para mayor información bibliográfica el conocido libro de J. Seibert, *Alexander der Grosse*, Darmstadt 1972, 216 ss, y más recientemente las *Actes du Colloque de Strasbourg (Juin 1979)*. *La géographie administrative et politique d'Alexandre à Mahomet*, Leiden 1981.

2- Obviamente, no estamos en condiciones de aportar novedades en relación con los datos suministrados por los estudiosos de quienes lo hicieron bien concienzudamente. Nos referimos a los trabajos de A. R. Burn, "Notes on Alexander's Campaigns", *JHS* (1952) 84-91; J. F. C. Fuller, *The Generalship of Alexander the Great*, Londres 1958; G. T. Griffith, "Alexander's Generalship at Gaugamela", *JHS* (1947) 77-89; F. Stark, *Alexander's Path from Caria to Cilicia*, Londres 1958, o, finalmente, las aportaciones de H. Strasburger, "Alexanders Zug durch die Gedrosische Wüste" *Hermes* (1952) 466 ss., y algo después en *ibidem* (1954) 201-204.

3- En la introducción de su *Historical Commentary on Arrian's History of Alexander*, I, Oxford 1980.

4- Para los bematistas que acompañaron a Alejandro, cf. J. Seibert, *op. cit.*, 7-10 y L. Pearson, *The Lost Histories of Alexander the Great*, Nueva York 1960, 260.

5- *Anábasis* I, 1-3.

6- La descripción transmitida por Arriano es sumamente patética, y a juicio de M. A. Leví, *Introducciones ad Al. Magno*, Milán 1977, resulta en exceso retórica.

7- Sobre la personalidad de Antípatro remitimos al trabajo de D. K. Kanatsulis, "Antípatros", *Hellenika* 16 (1958) 14 ss.

8- Para más detalles bibliográficos puede acudir a J. Seibert, *Alexander*, p. 80-82 y 264-265.

9- Hay una serie de buenos trabajos que reflejan las relaciones y el tipo de dependencia de estas ciudades con Alejandro. Por ejemplo, los de E. Badian, "Alexander the Great and the Greek cities of Asia Minor", *Anc.Soc.Inst.*, Oxford 1966, 37-69 o el de W. E. Higgins, "Aspects of Alexander's imperial Administration", *Athenaeum* 58 (1980) 129-52.

10- *Anábasis* I, 18; II, 25; III, 10, 18.

11- Recomendamos en este sentido el libro excelente de E. W. Marsden, *Greek and Roman Artillery*, Oxford 1969.

12- En el relato de Arriano concluye aquí el libro primero y comienza el segundo, en cuyos

capítulos iniciales encontramos gran profusión de descripciones de movimientos de tropas y maniobras de la flota persa. Ello llevó a M. A. Levi a sostener la hipótesis de que Arriano compuso esta obra como un tratado de táctica militar destinada a los profesionales del ejército.

13- En cambio, el editor de Arriano en la nueva colección Loeb, P. A. Brunt, extrañado de esta proeza ha propuesto una etapa intermedia (en la ciudad de Iso), desde donde -ahora sí en 48 horas- alcanzaría Miriandro.

14- *Anábasis* II 18-25, Diodoro XVII 40, y Q. Curcio IV 2.

15- *Antiquitates* XI 317 ss.

16- Cf. I. Abrahams, *Campaigns in Palestine from Alexander the Great*. Chicago 1967², y J. Seibert, *op. cit.* 103-109.

17- Arriano y Plutarco afirman que fue con anterioridad a la visita del oráculo, en cambio Diodoro y Curcio sostienen lo contrario. Algunos trabajos al respecto recogen la argumentación de una y otra postura: C. B. Welles, "The Discovery of Serapis and the Foundation of Alexandria", *Historia* 12 (1962) 271-298, A. Bernand, *Alexandrie la Grande*, París 1966, Cl. Préaux, "Alexandrie et la chlamyde", *Chron. d'Egypte* (1968) 176-187.

18- En especial nos estamos refiriendo al artículo de C. B. Welles, *op. cit.*

19- *Anábasis* III, 4.

20- Plutarco aún nos transmite una nueva anécdota, según la cual, cuando el sacerdote se dirigió a Alejandro para saludarle haciéndolo en lengua griega (por deferencia a tan ilustre visitante) sufrió una confusión al pronunciar una *signa* en vez de una *nu*, y le llamó: *o pai diðs oh, hijo de Zeus*, en vez de *o paidion oh hijo*. Esta confusión del sacerdote alegró sobremanera a Alejandro, y de ello surgió la leyenda de que el Dios de Amón lo había saludado llamándole *hijo de Zeus*.

21- Se ha publicado una reciente monografía sobre las campañas de Alejandro y sus implicaciones y consecuencias políticas para esta región de Bactria. Nos referimos al editado como suplemento de la revista *Mnemosyne* bajo el título *Alexander the Great and Bactria*, Leiden 1988, a cargo de F. L. Holt, libro que fue precedido por otras publicaciones del autor sobre otros aspectos parciales.

22- *Anábasis* V, 25-28.

23- Este periplo de Nearco fue, como se sabe, el tema de la monografía de Arriano titulada *La India*.

24- Los últimos momentos de la vida de Alejandro pudieron quedar recogidos en una especie de diario de palacio, las llamadas *Efemerides reales*, redactadas por el secretario del rey, Eúmenes, de las que tal vez pudo haber dispuesto el historiador Tolomeo.

25- Apareció publicada en los *Proceeding of the British Academy* 19 (1933) 123-166.

26- En especial, A. K. Narain, *The Indo-Greeks*, Oxford 1957 quien vino a actuar como contrapunto de la concepción de Tarn.

27- Son de destacar las contribuciones que está llevando a cabo Paul Bernard sobre las excavaciones en Ai Khanoum (Afganistán) recogidas en un volumen colectivo titulado *Fouilles d'Ai Khanoum*, París 1973 (con los resultados de las campañas de los años 1965-1968) y en otro libro posterior de título *Etudes de géographie historique sur la plaine d'Ai Khanoum*, París 1978.

Le terrain est d'ailleurs loin d'être vierge. Les historiens militaires ont analysé tous les emprunts faits, depuis Alexandre, par les Gréco-Macédoniens aux réalités barbares dans les domaines de l'armement et de la tactique, et mon intention n'est pas de répéter ici ce qu'on peut trouver dans les manuels. Ce ne sont toutefois pas ces simples emprunts techniques qui m'intéressent, mais les mutations culturelles plus ou moins profondes dont la guerre a été l'occasion ou dont les institutions militaires ont pu être le cadre. Les spécialistes de la polémologie, qui s'occupent naturellement des conséquences des guerres, ne semblent avoir apporté qu'une attention très sommaire à leurs conséquences culturelles. Dans l'introduction à son *Traité de polémologie*, le sociologue français G. Bouthoul déclare au passage que "la guerre est le principal des facteurs de cette imitation collective qui joue un si grand rôle dans les transformations sociales". Mais, outre qu'"imitation collective" est une notion bien vague, Bouthoul ne lui réserve, au sein des quelques 600 pages de son livre, qu'une page sommaire, qui réduit un ensemble de problèmes complexes au "mimétisme" qui pousse les vaincus à "copier" les vainqueurs. Le problème est résumé dans les quelques lignes que voici: "Une longue rivalité armée produit une diminution des différences. Les adversaires deviennent de plus en plus semblables, non seulement en ce qui concerne les caractères extérieurs, mais aussi pour les institutions et la mentalité. On suppose qu'une supériorité affirmée sur les champs de bataille prouve celle d'une civilisation tout entière". Et d'évoquer les guerres durables qui, dit-il, "ont provoqué de véritables mutations sociologiques". En fait, ce sont moins les guerres elles-mêmes, durables ou non, qui produisent ces mutations sociologiques ou culturelles, que les conséquences politiques de ces guerres, lorsqu'elles aboutissent à la conquête et à la cohabitation, plus durable que la guerre, des vainqueurs et des vaincus. Si, par hypothèse, tous les Gréco-Macédoniens avaient quitté l'Orient après la mort d'Alexandre, les dix ans de campagnes du conquérant n'auraient laissé que peu de traces. Mais les vainqueurs ne repartirent pas, et c'est alors que commencent les complexes phénomènes qui nous intéressent ici, où la domination politique fondée sur l'occupation militaire et la colonisation civile ont eu infiniment plus d'importance que les violences guerrières de la conquête. D'autre part, Bouthoul n'a accordé sa superficielle attention qu'à l'action exercée par les vainqueurs sur les vaincus, négligeant de prendre en considération les phénomènes inverses. Je viens de prononcer le mot de "colonisation". Bouthoul a consacré un bref paragraphe aux guerres coloniales modernes, dont il dit qu'"elles seront peut-être jugées plus tard comme ayant présenté plus d'intérêt (*sic*) pour l'expansion de la civilisation française que toutes les guerres de Napoléon". Mais, outre que c'est là comparer des choses non comparables, il est remarquable que ces lignes ont été écrites en pleine époque de décolonisation, et que la décolonisation a procédé moins de la bonne volonté des colonisateurs que de la réaction violente des colonisés, réaction qui n'a pas été seulement politique, mais culturelle. L'acculturation (l'"imitation collective" de Bouthoul) est une chose, -la "contre-acculturation", le refus, le rejet de la culture du vainqueur/dominateur/exploiteur, en est une autre.

Acculturation, contre-acculturation: phénomènes qui dépassent largement le cadre des phénomènes guerriers et militaires, mais où ceux-ci ont tenu leur place, à toutes les époques. Ce sont certains aspects de ces problèmes tels qu'on peut les observer à l'époque hellénistique que je voudrais esquisser ici.

C'est une banalité que de dire que la langue est le véhicule majeur de l'acculturation. Il serait donc important de découvrir avec quelque précision dans quelle mesure la vie militaire, l'organisation militaire ont contribué à l'hellénisation linguistique des soldats non-Grecs enrôlés dans les armées hellénistiques: *hellênizein*, d'est d'abord "parler grec".